

EL FIN DE LA UTOPIA

EDUARDO HARO TECLEN

PODIA haberse comenzado a sospechar a partir de Wells («The time machine», 1895; «The shape of thing to come», 1933) que el sentido de la utopía había cambiado. Podía haberse acentuado la sospecha con Huxley («Brave new world», 1932) y luego con Orwell («Animal's farm», 1945; «1984», 1949); la utopía se había vuelto negativa, pesimista. Durante siglos —quizá desde «La República», de Platón, quizá desde antes—, la descripción de la utopía era la del reino de lo perfecto, la solución del problema social. Su pesimismo radical estaba inyectado en su propio nombre, que le diera en el siglo XVI Tomás Moro; Utopía, «ninguna parte». Pero a partir del arranque de este siglo, a los escritores imaginativos el pensamiento utópico se les vuelve amargo, negativo. Casi se puede ver avanzar el progreso del mal en los tres citados escritores británicos (por alguna razón, el pensamiento literario utópico parece ser en los últimos siglos un ejercicio anglosajón: Moro, Bacon, Harrington, Swift, Butler, Bellamy, Morris...). H. G. Wells era aún socialista fabiano, espiritista, telépatha. Vivía por encima de la realidad en un cierto modo. Huxley era el científico, brote literario de una gran familia dedicada a la ciencia especulativa; tenía un conocimiento teórico de la realidad, y para desprenderse de ella no le era bastante, como a Wells, la fuerza de fantasía de su mente: necesitó de los experimentos con mezcayalina y otras drogas. Orwell estaba metido de cabeza en la realidad. Largos años de hambre en Londres y París; tiempos difíciles, junto a los trotskistas del POUM, en la guerra de España... Los tres nos estaban diciendo hacia dónde iba el mundo. Y los tres lo denunciaban. En el ánimo de los utopistas negativos estaba, como sin duda en el de los positivos, no solamente describirlo, sino también intervenir en él, ayudar en cierta forma a cambiarlo. Los utopistas positivos de los siglos pasados se refugiaban tímidamente en el condicional, en lo que podría ser, en lo que sería si no fuese por... Pero sin duda trataban de abrir caminos (a veces seguidos de algunos ensayos prácticos que resultaron, en fin, nobles, tristes, efímeros y caricaturescos), como los utopistas negativos trataron de evitar los caminos del error poniéndolo de manifiesto. En esa época, tan próxima, se creía aún que la denuncia del error, de la arbitrariedad, de lo que se llamaba «el mal», era suficiente para desterrarlo, como Freud creía que una vez que el paciente conocía la causa profunda de su neurosis, la neurosis desaparecía.

* * *

LA utopía de este medio siglo se ha planteado al terminar la segunda guerra mundial mediante unas fáciles localizaciones del mal y una construcción de la Utopía en la Tierra. El mal eran Hitler y Stalin, los regímenes totalitarios. Cuando la Unión Soviética condenó al estalinismo —y no hace más que quince años cortos— hubo un cierto respiro: el último gran representante del Mal, con mayúscula, no sólo había muerto, sino que era denunciado por sus propios disci-

pulos. Pero ya para entonces la noción del Mal había tomado una misteriosa forma abstracta: la bomba nuclear. La deshumanización de la amenaza nuclear fue la obra de una serie de futurólogos de la ficción particularmente nefasta. En «Fail Safe», de Burdick y Wheeler, se imaginaba que una avería en un circuito electrónico ponía en marcha una guerra nuclear; en «La noche de Camp David», de Knebel, se suponía que el Presidente de los Estados Unidos podía tener una doble personalidad —como el Doctor Jeckyll y Mister Hyde—, capaz de desencadenar por su locura oculta una «guerra final». El mismo autor imaginaba, en «Siete días de mayo», que el fanatismo pudiera anidar en otros sectores de la vida oficial capaces de neutralizar la razón y desencadenar la guerra. Las citas de novelas de este género —repetidas luego por la calcomanía de los «comics», la televisión y el cine barato o caro— representaban un cierto pensamiento superior. Juan XXIII denunciaba que «un hecho cualquiera, imprevisible, puede repentinamente provocar el incendio bélico», y Robert McNamara, secretario de Defensa de los Estados Unidos, explicaba que «es cierto que puede producirse una guerra atómica por una causa mecánica y accidental, pero hacemos lo imposible para que esto no suceda». Esta expansión de ideas tuvo una gran fuerza y resultó grave. La idea de considerar a la Bomba como una Galatea independiente de su creador, situaba la posibilidad del Mal fuera de las fronteras humanas y apagaba las voces de los que denunciaban su dependencia de seres y organizaciones totalmente humanas y dejaban sin ver que este terror abstracto estaba siendo manipulado en el sentido favorable a los poderes y servía para la implantación de unos totalitarismos sin rostro, más graves quizá que los de Salin y Hitler, porque aquéllos se referían, en primer lugar, al comportamiento de sus súbditos y sólo en segundo término a su pensamiento, mientras los neototalitarismos afectan en primer lugar a su libertad de pensar para que sea ésta la que dirija su comportamiento. El ciudadano ideal es el dictador de sí mismo. No es una figura nueva en la historia, desde luego, pero nunca se han puesto tantos medios para conseguirlo. El juego consiste en que los medios de represión sean lo menos visibles que se pueda conseguir. Por eso, cuando un poder no sabe o no consigue dirigir mediante estas riendas y este látigo invisibles y tiene que acudir a la represión clásica —Estados Unidos en Vietnam o Santo Domingo; o en la matanza de estudiantes de Kent, o en el burlesco juicio de los «ocho de Chicago» y los intentos de exterminación de «Panteras Negras»; la URSS en Checoslovaquia o en la anulación del pensamiento intelectual; los coroneles en Grecia—, se le reprocha unánimemente, aun por los otros poderes afines, y se le acepta y se elogia su habilidad y su capacidad política cuando sabe alcanzar los mismos resultados mediante la violencia invisible.

UNA parte esencial de estas reglas de juego es la creación del Bien absoluto o la aproximación de la Utopía a este mundo. Formaba parte de ello la eliminación de las fuerzas del Mal, antes citadas, y el final de la segunda guerra mundial estaba referido a ello. Los textos de la Carta del Atlántico y de San Francisco, la situación «al alcance de la mano» del mundo libre del neocapitalismo o de la sociedad igualitaria del socialismo universal, incluso la condensación en una de esas ideas que fueron antagónicas antes y después de la guerra; las descolonizaciones, la felicidad de todos por la ciencia, la localización de la justicia en la tecnocracia, el fomento de ciertas revoluciones reformistas —el desarrollo como libertad de consumo, la nueva responsabilidad de la juventud, la promoción de la mujer, las liberaciones de costumbres sexuales...—, forman parte de la configuración de la utopía al alcance de todos. Son algunos de los temas visibles de este año que se nos desmigaja en estos días. Como lo es el tema de la polución —el tema negativo de la sociedad en progreso o en desarrollo—, al que se intenta también deshumanizar —como se hizo con la bomba como si fuese un producto inevitable del paso del hombre por la Tierra, en lugar de centrarlo en sus verdaderos elementos —la explotación máxima del beneficio industrial en la sociedad de consumo—, como lo es el nuevo énfasis sobre la noción física de la entropía —el segundo principio de la termodinámica— como una fuerza superior que destruye la organización, o como el del nuevo zoológico, que pretende situar el Mal en el pasado remoto, en el arrastre de los instintos que crean el «imperativo territorial» o la «ley del más fuerte». El Mal queda así en esta ambigüedad presente-ausente: la Bomba, la Polución, la Entropía, el Instinto. En otros tiempos, a este complejo se le llamaba Demonio, y la fórmula para luchar contra él era la autorrepresión, la sumisión y la oración. En este momento de pérdida de fe sobrenatural, la fórmula dada es la sumisión, la autotiranía, el consumo y la televisión; en algún caso, algunas revoluciones toleradas. La sustitución de la idea de Dios por un televisor, aunque excelentemente ideada, parece insuficiente.

* * *

Si examinamos la época estrictamente actual —el año 1970, el día de hoy—, nos parece que es la del final de la utopía. Algunos signos, aparentemente lejanos entre sí, parecen relacionados con ese desencanto. El paseo del «Lunajod» soviético por la Luna, siendo de una técnica enormemente superior a la de los paseos de astronautas norteamericanos, ha sido casi absolutamente desasistido de la opinión pública (aun teniendo en cuenta la falta de instrumentación de la información soviética en el mundo occidental; ya el segundo americano en la Luna fue casi totalmente desdeñado con respecto a la curiosidad que produjo el primero), como si la utopía del «espacio para todos» hubiera muerto. La «coexistencia», que hace unos años suponía la utopía de la paz perpetua, se considera ahora como una complicidad, un intento de condominio, y las conversaciones de limitación de armas nucleares (SALT) han proseguido —Viena, Helsinki— con la indiferencia neutral del ciudadano, que viene a ver en ellas una negociación técnica con menos trascendencia que la que podría tener un arreglo entre la Ford y la General Motors sobre el lanzamiento al mercado de sus automóviles. Las faldas de las mujeres, después de ser breves, han caído hasta el suelo, como el telón que terminase con un acto de la supuesta «revolución sexual», imposible en una sociedad organizada para otros fines, y esas mismas faldas largas aparecen como estrechas envolturas en contradicción con las aspiraciones de promoción de la mujer, lejanas ya de los efímeros intentos de unisexo; en todo caso, la silueta nueva de la mujer se emparenta con la del antiguo sacerdote de sotana. Y de nada ha servido, por cierto, al joven sacerdote la revolución reformista del traje talar si no ha roto la soledad del celibato, la participación directa en el mundo del trabajo, la influencia real en el mundo de la Iglesia.

* * *

¿CÓMO se ha producido ese desencanto en el mundo? Quizá la manipulación de la vida, la imitación de la vida por la política, se ha hecho demasiado evidente. Falta, dice Paul Ricoeur, «significación». «Aquello que falta más a los hombres es, ciertamente, justicia; es, seguramente, amor; pero más aún significación. La no significación del trabajo, la no significación del ocio, la no significación de la sexualidad: estos son los problemas sobre los que desembocamos». («Prévision économique et choix étique»). Nada significa nada. La falta de significación está, naturalmente, estrechamente unida a la poderosa labor que ha consistido en vaciar los vocablos. Se han sustituido palabras vacías por conceptos plenos, significantes. Se liberaron los pueblos oprimidos hacia 1960 y rápidamente se les llenó de vocablos:

Descolonización, Independencia, Nacionalización, Tercer Mundo, Neutralismo, Vías de Desarrollo, Constitución, Electorado, Socialismo. La utopía acababa de instaurarse. Pero nada vino a cambiar la sensación trágica de oscuridad del hambre, la consunción lenta de la enfermedad y la miseria, los caminos de las cárceles, el trabajo esclavista. En 1970, a los diez años del gran entusiasmo de la descolonización, los ibos morían a manos de los nigerianos; los palestinos, en sus tiendas aventadas como hace veinte años, recibían ahora los cañazos y las ráfagas de ametralladora de sus hermanos de raza; la guerra de Vietnam entraba en Camboya.

* * *

CUANDO se celebraba este año en Moscú el centenario de Lenin, las palabras y los actos de Lenin habían sido previamente vaciadas de su significación, de su contenido, por el terrible desgaste de la revolución y la contrarrevolución. El marxismo-leninismo era, precisamente, antiutópico. Había nacido sobre los «socialismos utópicos» del siglo XIX y contra ellos. Era, por antítesis, científico. Pero la obsesión por conservarlo en forma de dogma, su petrificación, ha podido llegar a hacerlo utópico después de haber sido real. Ahora está fragmentado, disputado, interpretado. En los Estados Unidos se prepara ya la conmemoración del segundo centenario de la Declaración de la Independencia, aquella que era en sí una declaración de derechos del hombre y que contenía el más fuerte elemento utópico enunciado hasta entonces, el de la «persecución de la felicidad». Durante mucho tiempo, muchos americanos han creído que vivían en esa utopía; ahora se denuncia como una ilusión, como un «american dream» que termina inevitablemente en pesadilla, en crisis de civilización.

* * *

EL final de la utopía (quizá provisional, quizá en espera de una más fuerte, más espectacular) no es, naturalmente, un hecho que pueda considerarse como negativo o como catastrófico para el género humano. Podría ser que este proceso que ahora parece iniciarse —y que puede irse atrás, o desaparecer o convertirse en otra cosa— condujera a un mundo sin ilusiones, un mundo en el que la esperanza no se manipule para sustituir las necesidades actuales y se pueda vivir en la inmersión total de la realidad. Naturalmente, todo esto parece otra utopía. Pero lo que sí parece es un modelo nuevo de utopía.

* * *

ALGUNOS de los sucesos brevemente inventariados antes, algunos casos que podemos solamente inventariar sin necesidad de más, porque su fuerza evocativa es suficiente —«Panteras Negras», Palestina, Checoslovaquia, Biafra, Universidad de Kent, coroneles griegos, tupamaros...— han obligado a los poderes a la ruptura de las reglas del juego. De la misma forma en que el mito de la desestalinización se rompió en mil pedazos al topar con la revolución blanda de Checoslovaquia, que el del mundo libre se quebró en Vietnam y el de la democracia europea de la OTAN en Grecia, otros mitos de la construcción política posterior a la guerra fría están cayendo continuamente. El nacionalismo utópico de Bolivia cayó en el contragolpe de estado del general Torres, para ser sustituido por una situación fría, medida, sin ilusiones. La utopía de la democracia cristiana en Chile murió a mano electoral, y el nuevo régimen, de aspecto frente-populista, cuenta también sus pasos antes de andarlos. No hay nada arrebatador. Los tupamaros, los palestinos, conducen sus revoluciones con la ideología de la carencia de ideología: primero, ayudar a desenmascarar la instrumentación de una situación falsa. Con sus armas, sus secuestros, sus sorpresas, son, sin embargo, revoluciones frías.

* * *

LAS consecuencias de esta situación podrían ser, a la larga, beneficiosas hasta para quienes aparecen hoy como sus víctimas o sus objetivos. Toda la apariencia que proporciona hoy el mundo de desorden, de caos, de anarquía, de retroceso, de violencias de todas clases, podrá quizá ser vista con lucidez y con coherencia cuando haya pasado la perspectiva de unos años, como otros fragmentos de la Historia del mundo —la revolución francesa o la rusa, las descolonizaciones— se van ahora recomponiendo. Tendrán, a la larga, los poderes enmascarados que conocemos hoy, que sustituir su mitología y su utopía por una doctrina política propia y directa, tendrán que liberar el mercado de las ideas, que reconocer las doctrinas de la oposición. Tendrán que aliviar su parte de tensión para ser, a su vez, liberados de la tensión contraria. Otra actitud sería, con el tiempo por delante, suicida. ■ E. H. T.